

## AGENDA CIUDADANA

### EL ESPEJO ARGENTINO

Lorenzo Meyer

Argentina Somos Todos. - La conciencia política así como el sentido común, debería impedir la indiferencia ante lo que ocurre más allá de nuestras fronteras. Esa indiferencia equivaldría a insensatez cuando se trata de fenómenos peligrosos que tienen lugar en nuestra propia región. La actual crisis argentina es algo que los mexicanos debemos de seguir de cerca, pues a diferencia de lo que aseguró el presidente Vicente Fox el 23 de diciembre en su rancho de San Cristóbal, una variante de lo que está sucediendo en Argentina sí puede tener lugar en México. En realidad, en ese país se han llevado al extremo hechos y situaciones que, en diferentes grados, están presentes en el resto de Latinoamérica. Argentina hoy es un espejo donde, en mayor o menor medida, nos reflejados todos los países que fuimos parte del antiguo imperio español en América. Y si no adquirimos conciencia de ello y actuamos en consecuencia, podríamos encontrarnos confrontado situaciones similares a las que hoy están viviendo los argentinos.

Diferentes, pero no Tanto.- Además de los obvios elementos en común – lengua, religión, legado institucional o vecindad— los países latinoamericanos compartimos la misma periferia del sistema económico; fuimos y seguimos siendo más objetos que sujetos de la gran economía capitalista mundial, hoy en su fase neoliberal. Sin embargo, bajo el término Latinoamérica, también se cubren grandes diferencias. Así, México, por ejemplo, comparte con Guatemala por un lado o con Perú, Ecuador y Bolivia por el otro, el haber tenido en el momento de la

conquista europea, una gran densidad demográfica y haber sido centro de civilizaciones urbanas complejas y originales, lo que llevó a los conquistadores españoles a centrar en ellos su esfuerzo colonizador. En contraste, regiones originalmente menos pobladas y sin riqueza minera considerable, como fue el caso de Argentina, permanecieron en la borde del sistema imperial español (sólo hasta el final del siglo XVIII se creó el virreinato del Río de la Plata con capital en Buenos Aires), que a su vez era ya parte secundaria del sistema mundial. En realidad, el poblamiento de Argentina tuvo lugar ya en la época independiente y con base en grandes corrientes migratorias europeas –su población se cuadruplicó entre 1869 y 1914— al estilo norteamericano, un fenómeno demográfico que México nunca experimentó, y su desarrollo económico fue resultado de la exportación ganadera y agrícola y de la gran inversión británica en los ferrocarriles en el siglo XIX.

Al inicio del siglo XX, Argentina era una sociedad blanca, de corte europeo, con uno de los mejores sistemas educativos de la región. México era un país mestizo, con una gran masa indígena y muy atrasado en la educación masiva. Para 1916, México estaba inmerso en una revolución en tanto que en ese año en Argentina, el líder de la joven Unión Cívica Radical, Hipólito Irigoyen, pudo llegar a la presidencia como resultado del voto popular --es decir, con apoyo de la clase media y de capas populares-- y no por vía de la violencia o de componendas entre las clases oligárquicas como había sido hasta entonces el caso. Sin embargo, ya para 1930 el régimen revolucionario mexicano había construido un partido de Estado (el PNR que finalmente devendría en PRI) y estaba a punto de institucionalizar la política de masas (incorporar a trabajadores urbanos y

campesinos) y echar las bases de la estabilidad autoritaria más notable de América Latina. En contraste, ese año, en Argentina un ejército conservador echó del poder a Irigoyen e inauguró la que sería una larga cadena de crisis políticas donde la democracia sólo tuvo apariciones esporádicas y siempre a merced de un autoritarismo que nunca pudo consolidarse, ni en su vertiente populista —el peronismo— ni en la burocrática —los gobiernos militares y oligárquicos.

La pobreza de la base institucional de la política argentina terminó por frustrar su innegable potencial económico —agricultura rica, una gran red ferroviaria, un estupendo puerto de cara a Europa y una población urbana educada—. En contraste, a partir de la consolidación del PRI, México pudo crecer por un buen tiempo al 6% anual en promedio, gracias al control presidencial de todas las variables políticas, al liderazgo económico del Estado y a un mercado interno protegido.

Sin embargo, al final del siglo XX, tanto México como Argentina se volvieron a encontrar por buenas y malas razones. Cada uno de los dos países por su lado, logró desembarazarse parcialmente de sus respectivos fardos autoritarios --del PRI el primero y del ejército el segundo--, para intentar o reintentar según el caso, la vía democrática. En ambos casos, sus economías estaban muy dañadas de tiempo atrás y muy dependientes del factor externo dentro del proceso de globalización: el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) en el caso mexicano y el Mercosur —donde el factor dominante es Brasil— para Argentina. México estuvo varias veces a punto de caer en la insolvencia de su deuda externa en los años ochenta y noventa del siglo pasado — la crisis mexicana de 1995, el llamado “efecto tequila”, afectó negativamente a

Argentina entonces-- y hoy, justo al iniciarse el siglo XXI, Argentina, tras cuatro años de crisis, de plano dio el último paso en esa dirección, pues ni Estados Unidos ni el Fondo Monetario le tendieron la mano como sí ocurrió con México en 1982 y 1995, y tuvo que suspender el pago de sus obligaciones con el exterior y entrar en un período de aguda incertidumbre política.

Los Puntos Rojos.- El entorno internacional en el que deben moverse México y Argentina así como el resto de los países latinoamericanos, es uno muy brutal –el de la globalización-- y donde ambos tienen poco margen de maniobra. La globalización significa la imposición del modelo neoliberal, donde deben eliminarse el déficit fiscal lo mismo que el sector paraestatal y la regulación sobre los flujos del comercio exterior y de capital. Tampoco debe interferirse en el mercado de trabajo en favor del asalariado, y la protección social que daba el viejo “Estado benefactor” debe eliminarse o reducirse al mínimo.

México, Argentina y el resto de América Latina tuvieron que sambullirse sin preparación en el proceloso mar del capitalismo globalizado, es decir, en condiciones de pobreza relativa y con una buena parte de su población marginada. Una vez en el neoliberalismo, los marginados, que eran muchos, no sólo mantuvieron su condición sino que aumentaron sus filas, pues hasta hoy el capitalismo mundial no tiene condiciones para absorverlos ni les necesita para mantener su dinámica. Así, una buena parte de la población mexicana o argentina es redundante en términos del modelo económico prevaleciente.

Al encontrarse los 36 millones de argentinos con una deuda pública de 132 mil millones dólares, una tasa de desempleo del 20%, al tener que sobrevivir los pensionados con 200 dólares o pesos mensuales –peso y dólar son equivalentes

en un intento por evitar la inflación--, al no poder retirar las clases medias más que mil pesos al mes de sus cuentas bancarias para evitar la huida de capitales, el resultado ha sido un impresionante estallido social multclasista. Este empezó por el saqueo de comercios pero luego la furia de los descontentos pasó a los bancos y luego se centró en blancos estrictamente políticos: La Casa Rosada –la residencia presidencial— y el congreso. La renuncia del presidente Fernando de la Rúa (de la Unión Cívica Radical) pareció calmar la tormenta, pero finalmente no fue el caso. La ira popular ha seguido al no encontrar adecuadas las respuestas del presidente interino, un peronista –heredero del populismo— Adolfo Rodríguez Saá, y de la clase política en su conjunto, a la que se considera tan inepta como corrupta.

México lleva ya veinte años de crisis económica –desde 1982 el país no ha experimentado un crecimiento digno de tal nombre de su producto real (per capita)— y aunque la tasa de desempleo es baja gracias a la magia de la mala definición de desempleo del INEGI, el hecho es que 40% de su población vive en condiciones de miseria o miseria extrema. Así pues, el terreno está preparado para la protesta, y un error o la agudización de la depresión económica bien pudiera llevar aquí a expresiones de furia colectiva contra la autoridad como en Buenos Aires. En México como en Argentina, el advenimiento de la democracia despertó ilusiones que finalmente se trocaron en desilusión, en frustración. En el mejor de los casos, la euforia del 2 de julio del año 2000 mexicano dejó su lugar al escepticismo, y en el peor, a la frustración y al enojo más o menos contenido.

La caída de De la Rúa no calmó los ánimos en Argentina, entre otras cosas, porque rápidamente la población percibió a Rodríguez Saá y a los suyos como

parte de una misma vieja clase política incapaz de ponerse a la altura de las circunstancias. En el gabinete original del presidente interino –cuya prioridad pareció ser no el superar la crisis sino prolongar su mandato interino y usarlo como plataforma para una elección posterior— había personas con historias de corrupción conocidas por el público, como era el caso de Carlos Grosso, antiguo intendente de la ciudad de Buenos Aires y cercano al grupo del expresidente Carlos Menem, él mismo sospechoso de delitos. Al final, un nuevo estallido de violencia callejera fue aprovechado por los caciques peronistas para retirar su apoyo a Rodríguez Saá y obligarlo a renunciar. El resultado es cuatro presidentes en poco más de dos semanas.

En México, el foxismo no ha podido o no ha querido --o ambas cosas-- llamar a cuentas a los que el mismo presidente ha llamado los “peces gordos” del pasado corrupto. La impunidad sigue señoreando en el país. Y el congreso, cargado de figuras poco respetables precisamente por su pasado --sobre todo en el caso del PRI pero también en el del PAN, el PRD y los minipartidos--, ha sido escenario de un largo y deprimente espectáculo de “baja política”, lo mismo en relación a la legislación indígena que en la negociación de una urgente reforma fiscal (pospuesta, por lo menos, desde la época de Luis Echeverría, es decir, desde hace treinta años). Y ni que decir de la llamada “reforma del Estado”, que simplemente ha quedado en palabras sin contenido, de la persistencia de la corrupción al nivel de la policía o de los burócratas de ventanilla –lo que lleva a suponerla también de los otros niveles--, del nulo avance en relación a lograr la seguridad pública (el secuestro se mantiene casi al nivel de industria, y siguen los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, que ya suman cientos). Así pues, para

un buen número de ciudadanos en México, como en Argentina, la clase política en su conjunto, es vista como inepta, corrupta, indigna de la confianza y causa y no solución, de los grandes problemas nacionales.

Antes de que la ira popular le estallara en la cara, el presidente De la Rúa simplemente se mantuvo alejado y se negó a ver las señales de descontento; el estallido le tomó por sorpresa. En esas condiciones no tuvo más salida que la renuncia. En México, el presidente insiste en que todo está básicamente bien – economía, política, justicia— y México avanza aunque los indicadores muestren lo contrario. Por otro lado, el exministro de economía argentino, el controvertido Domingo Cavallo, declaró que el mayor acoso al gobierno de De la Rúa no provino de sus opositores formales sino de los miembros de su propio partido y de sus supuestos aliados; ellos fueron los que realmente le impidieron gobernar (El País, 28 de diciembre). La misma queja la repitió días después el propio Rodríguez Saá al renunciar. Para México es importante subrayar la necesidad de que el presidente le tome en serio el pulso al país y vaya más allá de leer las encuestas de opinión y de quejarse de que la prensa no lo entiende, pero, sobre todo, debe lograr que su partido sea una fuerza de apoyo y no una oposición más.

En Suma.- En mucho, Argentina y México son dos historias largas con muchas diferencias, pero finalmente no tan diferentes como para asegurar que lo que está sucediendo en el país del sur simplemente no puede suceder aquí: la ingobernabilidad. La persistencia de malas políticas combinadas con mala suerte, podría llevar a que acciones de rebeldía frente al gobierno, como las protagonizadas por los pobladores de San Salvador Atenco, se extendieran. Ante

**la situación en Argentina, hoy, lo prudente hoy es poner a remojar nuestras barbas.**